

Teoría del vínculo social de Jaques Lacan

Fundamentos para una reflexión sobre terrorismo y otros síntomas modernos del lazo social(*)

El discurso es la unidad mínima de análisis que Lacan propone para pensar los vínculos sociales. Es una estructura básica de la que se pueden encontrar múltiples variaciones. Lacan define el discurso como: "Una estructura necesaria que excede con mucho a la palabra (...) que en realidad puede subsistir muy bien sin palabras. Subsiste en ciertas relaciones fundamentales. Mediante el instrumento del lenguaje se instaura un cierto número de relaciones estables en las que puede ciertamente inscribirse algo mucho más amplio, algo que va mucho más lejos que las comunicaciones efectivas. Estas no son necesarias para que nuestra conducta o eventualmente nuestros actos se inscriban en ciertos enunciados primordiales" [1].

Un vínculo social, en principio, implica la existencia de al menos dos términos, pero el que existan dos términos no garantiza para nada que exista un vínculo entre ellos. Es menester que uno de ellos interpele al otro, es necesario que uno de ellos se dirija al otro e incida sobre él, de alguna manera. Este hecho ya define mínimamente una posición de cada uno de los dos términos que entran en relación. Uno de ellos, el que toma la iniciativa, vamos a decirlo así, está en posición de "agente", en la medida en que ha asumido un papel que puede considerarse como "dominante", al menos en el sentido de incidir sobre el otro [2]. El otro término... ¿qué podemos decir del otro? Por ahora digamos sólo eso, que es un "otro".

Según Lacan, habría cuatro modalidades posibles de colocarse en el lugar del agente. Es decir, cuatro formas de interpelar a un "otro" en el campo social; las cuales tendrían que ver con las tres tareas imposibles de las que habla Freud: Gobernar (S1), educar (S2), analizar ("a") y con una tarea, acaso no menos imposible, que Lacan define como "hacer desear" (\$) y que también podríamos leer como: "hacer producir saber" [3]. Más adelante nos referiremos más en detalle a cada una de ellas.

Resumamos: Un vínculo implica, al menos, dos términos; uno de ellos, el "agente", está en una posición "dominante" respecto del "otro"; y, habría cuatro versiones del agente. Quizá podríamos agregar que, en un sentido estricto todo vínculo social está determinado por una imposibilidad estructural, en el sentido que se dice que es imposible gobernar, analizar, educar y hacer desear.

agente >> otro

Pero un vínculo no se agota en la constatación que acabamos de mencionar. En otras palabras, un vínculo no es igual a la sumatoria de sus componentes. Una vez que dos términos entran en relación en un vínculo, se produce un algo más, una resultante de ese encuentro de los dos términos que entraron en relación. A esa resultante le vamos a dar el nombre de "producción". Esa producción es el efecto de la incidencia del "agente" sobre el "otro". Por ello la vamos a colocar del lado del "otro".

Tenemos, entonces, tres términos:

agente >> otro
producción

Ahora bien, si del lado del "otro" tenemos una "producción", efecto de la incidencia del "agente" sobre él, podemos preguntarnos qué hay del lado del "agente". En otras palabras, podemos preguntar qué lleva a un "agente" cualquiera en el escenario social a interpelar a un "otro". Esto es algo que en toda relación requiere ser aclarado: ¿Por qué alguien se dirige a otro y lo increpa o lo interpela? La respuesta a esta pregunta generalmente no tiene nada de evidente, ni siquiera para el agente mismo. En los vínculos sociales este hecho fundante suele ser lo más opaco y no gratuitamente suele estar justificado con toda clase de racionalizaciones que generalmente operan como coartadas. El político, al ser interrogado por las razones que lo llevan a increpar al "otro", responderá que quiere su bienestar; el religioso dirá que quiere su salvación; el revolucionario dirá que quiere su liberación; el capitalista dirá que quiere satisfacer sus necesidades, prestarle el mejor servicio, hacerlo feliz (...).

Entonces, cuando un "agente" interpela a un "otro" debemos hacernos la pregunta por aquello que suscita este gesto y a desconfiar de las respuestas que aporta este mismo agente sobre su "intencionalidad". Es decir, que ante todo vínculo siempre debemos suponer la existencia de una "verdad" que no necesariamente coincide con las razones a las que apela el agente para interpelar al otro. Dicha verdad está del lado del agente y más de las veces es una verdad oculta hasta para el mismo agente, que puede estar convencido de sus buenas intenciones, de lo necesario que es para el "otro", o de su condición de instrumento de una elevada causa.

Esta verdad la escribimos debajo del agente separada del mismo por una barra que nos sugiere que no es algo a lo cual el mismo agente tenga un acceso directo, así como la producción, a pesar de que está del lado del otro, no es necesariamente algo que el otro se pueda apropiarse, ni siquiera algo de lo que pueda dar cuenta por más que haya resultado de la incidencia de un agente sobre él.

Por **Jaime Alberto Carmona**

Director del Programa de Psicología de la
FUNLAM



David Manzur
Mutua Adoración
(De la colección de grabados el beso de
Dios)
1988

Grabado en metal, aguafuerte sobre papel
40 x 30 cm
registro AP1501

Así tenemos, entonces, que el vínculo mínimo, una relación entre dos términos en el campo de lo social, siempre implica otros dos, lo cual nos arroja una estructura de cuatro términos:

<u>agente</u>	>>	<u>otro</u>
verdad		producción

Es importante señalar que en los vínculos sociales lo más difícil de elucidar siempre es la relación entre la verdad y la producción. "En la segunda línea no hay flecha alguna(...), no solo no hay comunicación sino que hay algo que obtura" [4]. Esa es la razón de existir de las ciencias sociales. Si la verdad de toda producción en el campo de lo social fuese evidente por sí misma, las ciencias sociales no serían necesarias. Lacan dice que la relación entre la verdad y la producción está marcada por la impotencia (que indicamos con el triángulo) mientras que la relación entre el agente y el otro por la imposibilidad que ya mencionamos (y que indicamos con la flecha). La relación entre la verdad y la producción siempre exige un proceso de construcción o mejor de reconstrucción, en el sentido que tiene este término en la arqueología y en el psicoanálisis, es decir, que es menester edificar una armazón significante, es decir una construcción conceptual, para demostrar la relación estructural que existe entre ambas: "Si planteamos la formalización del discurso y, en el interior de esta formalización, nos damos ciertas reglas destinadas a ponerla a prueba, encontramos un elemento de imposibilidad. Esto se halla en la base, en la raíz de lo que es un hecho de estructura" [5].

Ya tenemos la matriz básica mínima de todo vínculo en el campo social: Se requiere al menos de dos términos para que haya un vínculo; y, necesariamente, la relación entre ambos da lugar a un producto nuevo y, por otro lado, produce una zona de sombra que llama a ser iluminada: la verdad. Ahora es importante que nos preguntemos por la naturaleza de lo que hemos llamado "los términos" que entran en relación en un vínculo social. Vamos a decirlo con una redundancia: ¿qué se vincula con qué en un vínculo social?

Para poder abordar el tema de la naturaleza de lo que hemos llamado hasta el momento "los términos" que entran en relación en el vínculo social, es necesario hacer una reflexión sobre la condición humana. Los seres humanos vivimos en un universo de símbolos, en un mundo de representaciones. El psicoanálisis comparte con Heidegger la idea según la cual "El lenguaje es la casa del ser" [6]. Este hecho tiene una implicación decisiva para la relación del ser humano con el mundo y, por supuesto, con los demás seres humanos, a saber, que toda relación humana va estar mediada por representaciones. Un ser humano no se relaciona directamente con otro ser humano ni con el mundo; sus relaciones con sus semejantes y su contexto acontecen mediatizadas por el sistema de representaciones que habita. Incluso podemos ser más radicales y decir que el ser humano, en tanto que sujeto no "es", sino en la medida en que es representado (...). En el mundo de los humanos no hay otra posibilidad de "ser", ni otra posibilidad de vincularse con los otros que no pase por un sistema de representaciones.

Esto se puede constatar de la manera más simple en un hecho tan cotidiano y tan elemental como presentarse ante otro. Se supone que quien se presenta trata de decir quien "es". Lo primero que se dice en una presentación es el nombre. El nombre es una representación. Freud la llamaría representación de palabra, que representa a alguien para otro alguien. Casi todos los nombres llevan implícito el género, al menos en nuestra cultura. No es lo mismo llamarse Fulano que Fulana. Así cuando alguien dice o escribe su nombre, casi siempre está diciendo simultáneamente su género. Si además incluye los apellidos, y dice "Fulano de Tal", está aportando otras representaciones que sitúan al que se presenta en un linaje y como miembro de ese linaje a un conjunto social al que pertenece. Cada apellido sitúa a los sujetos que representa en un lugar muy diferente del escenario social.

Ese hecho elemental de presentarse utilizando una representación de palabra como es el nombre, ya nos pone sobre la pista de un hecho fundamental en lo que se refiere a las representaciones, a saber, que siempre remiten a otras representaciones, y más aún, cobran su valor por lo que las diferencia de las otras. Fulano cobra su valor de nombre masculino por lo que lo diferencia de los nombres femeninos. El apellido cobra su valor particular por lo que lo diferencia de los demás apellidos en su contexto social. En otras palabras, las representaciones, o mejor digamos los significantes, no existen aisladamente, sino que siempre se encuentran en redes o baterías, las cuales están en relaciones con otros significantes y con respecto a los cuales adquieren un valor por lo que los diferencia de los demás. Por ello, cuando alguien enuncia el significante mínimo que lo representa, como es el nombre propio, esto lo pone en relación con otros significantes y le asigna un lugar. Si continúa la presentación y se enuncia la profesión, sucede lo mismo. En primer lugar, la palabra profesional, expresa o tácita, ya marca una diferencia con la de estudiante y con la de analfabeta, etc.

Lacan define al sujeto como "representado por un significante para otro significante" [7]. Esto implica que el advenimiento del humano como sujeto pasa por su inclusión en un orden significante. Esta definición del sujeto la podemos escribir así:

<u>Un significante (S1)</u>	>>	<u>otro significante (S2)</u>	<u>S1</u>	>>	<u>S2</u>
		Sujeto representado (\$)			\$

Ahora, el significante no es solamente aquello que nos representa y sin lo cual no somos en tanto que humanos, ni simplemente aquello que nos da un lugar en el mundo y una cierta ilusión de unidad necesaria para operar en él, si no que es, además, la materia de la cual está hecho el vínculo social. El orden social es un orden significante, y sin el significante no hay ordenamiento social posible.

La operación significante, gracias a la cual un trozo de carne, pelos y tejidos deviene un ser humano, tiene varias implicaciones de las cuales aquí solamente vamos a tratar de desarrollar dos.

La primera de ellas es que el sujeto que allí se constituye es, desde su origen, un sujeto dividido entre la representación y lo representado S1/\$; en otras palabras, entre el significante (S) y el significado (s): S/s. La segunda consecuencia que vamos a desarrollar consiste en que la constitución de la

subjetividad humana en el orden significativo no es una operación exacta, sino que deja un residuo que va a funcionar como un referente fundamental para el deseo del sujeto.

Para abordar la primera de estas dos consecuencias de la condición lingüística de los seres humanos, es necesario que nos remitamos brevemente a la lingüística. Recordemos que la noción de significativo es acuñada por Ferdinand de Saussure en el *Curso de Lingüística General*. En este texto, establecido póstumamente por sus discípulos, el autor propone que el signo lingüístico se puede descomponer en dos dimensiones que serían como las dos caras de una moneda. El significativo y el significado. El significado sería el contenido ideativo, y el significativo sería la dimensión material, la imagen acústica; en una palabra, el sonido. Es notoria la coincidencia entre la noción de significativo en Saussure y la noción de "representación de palabra" en Freud.

Para elaborar su formulación sobre el sujeto, Lacan invierte el algoritmo de Saussure y propone que la barra que separa al significativo del significado es la barra de la represión. Si nos atenemos a esta formulación debemos decir entonces que el sujeto que se funda como representado por un significativo para otro significativo es, por definición, un sujeto del inconsciente, en la medida en que queda debajo de la barra de la represión. Ya sabemos desde Freud que todo lo reprimido, por definición, es inconsciente (aunque no todo lo inconsciente sea reprimido).

La constitución del hablante como sujeto del inconsciente es producto de una particularidad del lenguaje en el que viene a constituirse el neonato como sujeto, a saber, que este lenguaje no existe en el mundo como una batería de significantes neutros, sino que siempre se lo encuentra atravesado por unas leyes (como la ley de prohibición del incesto y, en general, la moral sexual de la cultura) y organizado bajo la forma de un saber, verbigracia el saber mínimo acerca de las estructuras de parentesco de la respectiva cultura, que hasta los analfabetas conocen. Es decir, que el lenguaje en el que viene a fundarse cada nuevo ser está estructurado como un cuerpo vivo de saber, como una estructura significativa organizada que posee una historia, una cultura, unas tradiciones, unas técnicas y unas artes, incluso unas tramas que van a determinar los caminos por los que va a discurrir el destino de cada uno de los seres que allí devienen sujetos. Esas leyes que mencionamos operan a nivel inconsciente y producen el efecto, ya mencionado, de dividir la subjetividad en dos escenarios.

Esto se puede mostrar de una manera simple. Ser representado para otros por el significativo Fulano en un complejo cultural determinado, implica ser inscrito en un ordenamiento de la sexualidad propio de los Fulanos, que es diferente al de las Fulanas. Y si el proceso de enculturación cumple cabalmente su cometido, logrará que Fulano se comporte como los Fulanos y no como las Fulanas. Así mismo, si es "Fulano de Tal", implica que pertenece al linaje de los "Tales" y se espera que busque su pareja por fuera del clan familiar. De manera que ser incluido en el lenguaje como "Fulano de Tal", supone en primer lugar reprimir los deseos que serían propios de las Fulanas y, en segundo lugar, reprimir los deseos hacia los "Tales".

Fulano de Tal sería un sujeto en el sentido que tiene el término en la gramática, incluso en el sentido que tiene este término para el Derecho, pero para el Psicoanálisis el sujeto sería aquello que es objeto de la represión para que Fulano de Tal pueda cumplir socialmente con lo que se espera de un Fulano y de un "de Tal". Se trata entonces de una dimensión fundamental de su ser que todo Fulano ignora, es decir, el sujeto del inconsciente. Esto podemos escribirlo de la siguiente manera:

<u>Significante del nombre propio</u>	<u>S1</u>
Sujeto del Inconsciente	\$

Ese sujeto del inconsciente seguirá operando como una verdad no sabida que, sin embargo, determina el destino de Fulano. Esto nos conduce a una paradoja: El significativo que representa a un sujeto para sí mismo y para los demás significantes puede decir lo opuesto a su deseo inconsciente. Lacan dice, por ello, que "el yo es un lugar de desconocimiento". Se refiere, por supuesto, al desconocimiento de la verdad del sujeto del inconsciente. [\[8\]](#)

Como se puede ver, llamarse Fulano o Fulana tiene sus consecuencias. El nombre propio opera como un primer significativo que asigna un lugar a un sujeto en el mundo y, a la vez, lo somete a la ley de la cultura en la que lo inscribe; es un significativo amo que contribuye a ese proceso de unificación imaginaria y localización en un universo simbólico, que convierte en un ser humano a un organismo habitado por un conjunto de pulsiones que en su origen operan más o menos anárquicamente. Es un significativo que, mediante una operación de violencia simbólica, introduce un principio de organización que desemboca en la humanización.

La asunción de una identidad unitaria mediante un significativo amo como el nombre propio, y la identificación con algunos de los emblemas fundamentales, propios de ese significativo en el complejo cultural respectivo, es un paso necesario del proceso de enculturación de todo sujeto, lo cual tiene el correlato que ya mencionamos: La constitución de una subjetividad en dos escenarios, uno que corresponde con ese significativo que es el nombre propio y otro escenario que sería el sujeto del inconsciente.

El sujeto del inconsciente (\$) es, pues, un efecto de la inclusión del humano en el lenguaje, y tenemos noticia de él a partir de unas formaciones como el síntoma, el lapsus y el sueño, es decir, a partir de producciones que son marginales respecto del yo, que es el que se instala en la dimensión subjetiva correspondiente al nombre y a los apellidos. El yo es el que puede decir "yo me llamo Fulano", no así el sujeto del inconsciente.

El sujeto del inconsciente, al contrario, se manifestaría en aquellos lapsus que contradicen lo que cualquier Fulano quiso decir, o en una conducta como la ferocidad sintomática de algunos Fulanos contra los homosexuales con la cual intentan desmentir su propia homosexualidad inconsciente, o en los sueños que derivan en pesadillas en el momento en que se acercan a la realización de una fantasía incestuosa.

Decíamos que la operación mediante la cual un significativo representa a un sujeto para otro significativo, tenía otra consecuencia, además de fundar este sujeto como un sujeto dividido y como un sujeto del inconsciente. Esta otra consecuencia que se refiere al residuo de la operación, tiene que ver

con lo que diferencia a un atardecer de un poema sobre el atardecer. En otras palabras, con lo que diferencia la palabra de la cosa.

En todo poema sobre el atardecer se captura algo del atardecer y algo se escapa. Ningún poema sobre el atardecer podrá capturar totalmente el atardecer. Por ello siempre se podrán seguir escribiendo nuevos poemas sobre el atardecer. Algo semejante ocurre con la operación mediante la cual un significante, como el nombre propio, captura a un viviente y le da un lugar en el mundo. Efectivamente, la inclusión del sujeto en un orden simbólico mediante el nombre, captura parcialmente a ese viviente, pero esta captura no se logra de una manera plena, algo queda por fuera. En este caso no se trata de lo reprimido, porque lo reprimido, en la medida en que tiene una materialidad significativa, de alguna manera está incluido en la operación, así sea en otro escenario; y es por ello que mediante un dispositivo como el analítico se puede lograr que eso reprimido se enuncie. En este caso se trata de una exclusión más radical, la cual tiene que ver con algo que es indecible, en la medida en que quedó por fuera en la operación de simbolización. Es aquello del viviente que no es susceptible de ser atrapado por el lenguaje. A esa dimensión Lacan la llama "*objeto a*" o simplemente "*a*", minúscula.

Esta dimensión del viviente, que no ingresa en el mundo significativo en el que habitamos los humanos, tiene múltiples versiones. Todas, en alguna medida, aluden a ella, pero ninguna logra nombrarla, ni siquiera de una manera aproximada, por su misma condición insimbolizable. Cada versión del "*objeto a*" es una suerte de nuevo poema sobre el atardecer de lo real de la condición humana que, a la vez que logra bordearlo con la palabra, hace más inminente el hecho inexorable de la imposibilidad para llegar a atraparlo en las redes del lenguaje. Vamos a ver algunas de estas versiones del "*objeto a*".

Uno de los nombres que Lacan le da al "*objeto a*" es el de resto: El residuo de la operación de constitución del sujeto. Se trata de un desecho, un desecho precioso, ya que de una u otra manera el sujeto sigue añorando siempre eso que queda por fuera de la dimensión significativa en la que habita. La relación del niño con sus heces puede ser un referente que nos sirva como metáfora de un desechopreciado. Las heces son un paradigma de aquello que nuestra cultura excluye de su orden, por ello se inventaron los excusados. Las heces son una de las expresiones paradigmáticas del "*objeto a*".

Desde otro punto de vista al "*objeto a*" lo podemos pensar como un excedente, el rédito de la operación de la humanización. El Excedente es un plus, aquello que se puede usufructuar como ganancia una vez concluida una operación comercial. Incluso se puede asimilar a la plusvalía, que es ese excedente que el capitalista le escamotea al proletario gracias al fetichismo de la mercancía, producto de la división del trabajo que introduce el capitalismo. En esta perspectiva podríamos pensar ese excedente o plus como un producto.

Otro nombre que Lacan le da a esa dimensión excluida que constituye el "*objeto a*", es el de "falta". Esta falta se puede pensar como la cicatriz que deja aquello que se pierde en el ingreso al universo simbólico. También se puede entender como la pérdida de goce, producto de la inserción de la criatura humana en el lenguaje y, paradójicamente, eso que queda por fuera de la operación también se puede llamar goce^[9], cuando de alguna manera logra ser capturado, así sea en medida escasa. Nuevamente la plusvalía sirve de referente. Según Lacan, la plusvalía nace en aquel momento de la historia en el que el capitalismo descubre un dispositivo que permite capturar el goce y acumularlo^[10]. Es por esta referencia a la plusvalía que Lacan también llama "plus de goce" a esa dimensión excedente de la operación simbólica mediante la cual se funda el sujeto.

Esta dimensión, excluida del orden significativo, opera como aquello que causa el deseo y que le sirve de horizonte hacia el cual apunta. Se trata de un caso muy interesante de una causalidad negativa, en la medida en que aquello que opera como causa es precisamente una ausencia. Este es otro nombre del objeto "*a*", "objeto causa del deseo". Se trata de un objeto muy particular, ya lo dijimos, un objeto que falta. Lo cual se puede enunciar de un modo más directo como una "falta de objeto".

El concepto de "*objeto a*" es una construcción muy compleja y difícil de asir por la naturaleza misma de la dimensión de lo humano a la que se refiere. Ya que se trata de una noción fundamental, para este trabajo de investigación haremos una breve historización de este término que tratará de justificar la diversidad de acepciones que posee, de acuerdo con el costado que se trate de iluminar de la dimensión de lo humano que nombra.

La prehistoria de esta noción se remite, por supuesto, a la obra de Freud. La noción de "objeto perdido", que en Freud no es desarrollada como un concepto fuerte, de alguna manera prefigura este hecho constitutivo: que se ingresa al mundo de los humanos por la vía de una pérdida fundamental. Los goces pulsionales parciales también prefiguran en la obra de Freud, lo que va a ser la noción de "*objeto a*" en Lacan, por varios motivos: en primer lugar, por su condición, digámoslo así, silvestre, y por su carácter compulsivo e impersonal que no tiene reparos por la autoconservación ni por la conservación del otro; en segundo lugar porque son legítimos representantes del goce que se pierde en el proceso de inserción en la cultura.

A continuación presentaremos, en una síntesis muy condensada, el recorrido que hace Dylan Evans en el "*Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*", sobre la evolución de la noción de "*objeto a*" en la obra de Lacan, lo cual nos permite entenderla en su historicidad y a la vez corroborar la justeza de las diversas definiciones que hemos aportado de la misma.

La *a* minúscula aparece por primera vez en el texto de Lacan, en 1955, en relación con el esquema L. En este momento se usa para designar al semejante, la imagen especular en el orden imaginario. Es en 1957 cuando Lacan introduce el matema del fantasma ($\$ \ll a$), "*a* comienza a ser concebido como el objeto del deseo(...). En 1960-1 Lacan articula la *a* con el término *agalma* que toma del banquete de Platón(...). El *agalma* es un objeto precioso oculto en una caja relativamente carente de valor"^[11]. El objeto *a*, ya lo vimos, es algo precioso que puede estar revestido de la condición de algo desechable. "Desde 1963, en adelante, *a* adquiere cada vez más las connotaciones de lo real(...); a partir de este momento, *a* designa el objeto que nunca puede alcanzarse, que es realmente la CAUSA del deseo(...). En los seminarios de 1962, 63 y 64, el objeto *a* es definido como el resto (en

francés *reste*), el remanente que deja detrás de él la introducción de lo simbólico en lo real(...); esta idea recibe un desarrollo adicional en el seminario de los cuatro discursos. En el discurso del amo, un significante trata de representar al sujeto para todos los otros significantes, pero siempre se produce inevitablemente un excedente. Ese excedente es el objeto *a*, un sentido excedente, un goce excedente (en francés, *plus-de-jouir*, "plus de gozar"). Este concepto se inspira en la idea marxista de la plusvalía. *a* es el exceso de goce que no tiene *valor de uso*, pero resiste a la pura justificación del goce" [12].

Vemos pues que este concepto, de acuerdo al costado que tratemos de iluminar, puede ser leído como: "residuo", "resto", "plus", "plus de goce", pero también "falta de goce", "objeto causa del deseo" o "falta de objeto".

Se trata de una dimensión de la condición humana que, como dijimos, es más radical aún que el mismo inconsciente y que el psicoanálisis tardó muchas décadas en formular después de haber descubierto el inconsciente. Esta dimensión de la condición humana, a diferencia del inconsciente, no es una dimensión palabrera, ya lo dijimos, aunque algo de ella logra ser capturada por la palabra y allí donde ello ocurre se le encuentra más frecuentemente asociada con las formaciones del inconsciente que con la otra dimensión de la subjetividad en la cual el yo identifica al significante amo que constituye el nombre propio: "El yo idéntico a sí mismo, eso es precisamente lo que constituye el S1 del imperativo puro" [13].

El goce opera como un principio desorganizador, por oposición al efecto de ordenamiento que implica la fundación del sujeto en el universo significante. Se manifiesta en aquellos procesos mortíferos de disolución de las unidades alcanzadas y de los principios de organización que mantienen la vida. En ese orden de ideas opera en el mismo sentido que la pulsión de muerte. El goce por definición es mortífero y se hace más palpable en aquellos cuadros clínicos en los cuales asistimos a un proceso autodestructivo en el que las posibilidades de simbolización son especialmente limitadas, como las toxicomanías, los cuadros psicósomáticos y algunas formas de la anorexia y la bulimia. Las manifestaciones del goce en el campo de lo social se pueden encontrar en las guerras, los procesos de destrucción del tejido social, la devastación de los recursos que garantiza la vida en el planeta, etc.

La referencia a lo social no es en absoluto forzada si tenemos en cuenta que la antropología muestra que el medio más eficaz de destrucción de un sujeto es eliminar todo lazo que lo ate a los otros, dejarlo sin lugar en el universo simbólico de su comunidad. Más aún, esta concepción lacaniana del sujeto como representado por un significante para otro significante, no admite una definición de sujeto metafísica, ni siquiera una definición con un estatuto irreductible al orden social, sino todo lo contrario, solamente admite pensar al sujeto en función de su relación con el otro, gracias al universo significante. En este sentido, la formulación lacaniana de los cuatro discursos sigue el espíritu de la posición de Freud en el texto "*Psicología de las Masas*", donde declara categóricamente que la oposición entre psicología individual y psicología social es una falsa oposición y agrega que "desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social" [14].

Con el abordaje de esta dimensión del goce completamos el cuarto de los términos que se requieren para pensar la especificidad de la condición humana de acuerdo con Lacan.

<u>agente</u>	>>	<u>otro</u>		<u>S1(Significante Amo)</u>	>>	<u>S2 (El saber)</u>
verdad		producto		\$(El sujeto dividido)		"a" (el objeto a)

Resumámoslo:

"S1" ES EL SIGNIFICANTE AMO: Es el que violenta la materia orgánica e introduce un principio organizador que confiere la ilusión de unidad que es necesaria al ser humano para relacionarse con el mundo por medio del universo significante. El funcionamiento de este significante se puede pensar tomando como referente al amo de la antigüedad, y en cierto sentido, obrando en consecuencia; el yo, identificado a este significante, opera en la subjetividad con una vocación de soberano absoluto, aunque nunca lo logre plenamente. Así mismo, lo que nos muestra a diario la vida social no es otra cosa que la vocación de tirano que se revela en todo ser humano cuando el interjuego vincular le coloca en una posición de poder respecto a los otros.

"S2" ES EL SIGNIFICANTE DEL SABER: El otro significante al cual se remite el S1. Recordemos que los significantes (o las representaciones) no se encuentran en el mundo de manera aislada, sino que siempre están en relación con otros significantes. El S2 es el significante que representa a la batería de los demás significantes sobre la cual incide el S1, que representa al sujeto. Recordemos también, que esa batería no es una caja de herramientas en la que los significantes están dispuestos, por decirlo así, en una condición neutra. Se trata más bien de una red significante en la cual los significantes están organizados conforme a leyes. Cada uno tiene un lugar que está definido por su relación con los demás significantes. Más aún, se trata, como ya lo dijimos, de un universo significante con una historia, una tradición, unas técnicas, unas artes y unos saberes que pueden estar articulados bajo la forma de mitos o ficciones científicas.

"\$" ES EL SIGNIFICANTE DEL SUJETO DIVIDIDO: Recordemos que no lo debemos confundir con el yo. Se trata del sujeto del inconsciente que opera como verdad reprimida que constituye un determinismo fundamental en el destino de todo ser humano. El sujeto no aparece allí donde el yo gobierna como un soberano la vida psíquica, sino justamente donde no es el amo de su propia casa, donde aparece la anomalía, donde la cosa no marcha, en el yerro, en el tropiezo, en el síntoma mediante el cual se deja ver este otro escenario de la vida psíquica.

"a" ES EL OBJETO CAUSA DEL DESEO: Es aquello insimbolizable del viviente que queda por fuera del orden significante, en la operación mediante la cual se funda el sujeto. O, dicho más precisamente, es lo que no alcanza a ser capturado por ese orden simbólico. Este resto de real, tendrá esa doble condición del desperdicio y de lo precioso, y allí donde se haga inminente su presencia será objeto de horror y fascinación.

Así, la fórmula completa de la constitución de la subjetividad queda así:

<u>Un significante (S1)</u>	>>	<u>ante otro significante (S2)</u>	<u>S1</u>	>>	<u>S2</u>
Representa un (\$)		Producto o residuo (a)	\$		a

Si complementamos esta ecuación, haciendo explícitos los lugares predefinidos en la estructura que mencionamos al principio de este capítulo, se podría leer de la siguiente manera: Un significante amo en el lugar del agente del discurso, representa a un sujeto del inconsciente que opera como verdad reprimida del mismo, ante otro significante: el significante del saber que es la batería en la cual están organizados los demás significantes. El producto de esta operación es un objeto que justamente por faltar causa el deseo: el "objeto a". Este es el primero de los cuatro discursos propuestos por Lacan para pensar los vínculos sociales, y, según el autor, el más arcaico.

Acaso no sea gratuito que la fórmula de constitución del sujeto coincida con el primero de los cuatro discursos que propone Lacan para pensar los vínculos sociales. Es decir, que la organización psíquica en el ser humano está articulada, en su origen, como un discurso de amo. Como el amo feroz que difiere radicalmente del ideal humanista y que Freud describe en su *Malestar en la Cultura*, donde dice: "El Ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo" [15].

En síntesis: primero, no hay sujeto sin otro. Segundo, el sujeto no tiene una relación directa con sus otros en el campo social; esa relación está mediatizada por un universo significante. Tercero, para dar cuenta de la subjetividad humana se requieren por lo menos cuatro significantes, el S1 o significante amo, el S2 o el saber, el \$ o el sujeto, y el "a" o el objeto causa del deseo. Cuarto, todo vínculo social supone por lo menos la existencia de cuatro lugares, el del agente, el otro, la verdad y la producción; y, quinto, la primera articulación de la subjetividad humana toma la forma de un discurso de amo, en el cual el significante amo (S1) está en el lugar del agente, el saber (S2) en el lugar del otro, el sujeto (\$) en el lugar de la verdad y el objeto "a" en el lugar de la producción.

<u>agente (S1)</u>	>>	<u>otro (S2)</u>
verdad (\$)		producción ("a")

[1] LACAN, J. El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis. Barcelona : Paidós, 1992. p. 10.

[2] Llamo dominante a lo que me sirve para nombrar estos discursos(...). Esta palabra dominante no implica predominio, en el sentido de que este predominio especifique lo que no es seguro al discurso del amo. Digamos que se puede atribuir, por ejemplo, según los discursos, substancias distintas a esta dominante". Ibid., p. 45.

[3] "Gobernar, educar, analizar también y, por qué no, hacer desear, para completar la definición de lo que será el discurso de la histérica, son operaciones, propiamente hablando, imposibles". Ibid., p. 187.

[4] Ibid., p. 188.

[5] Ibid., p. 48.

[6] HEIDEGGER, M. Carta sobre el humanismo. Alianza. p. 1.

[7] Cf. LACAN, El Seminario, Libro XVII. El revés del psicoanálisis. Op. cit., p. 11.

[8] A propósito del yo y su relación con el saber, dice Lacan: "El yo trascendental es el S1, el yo del amo, aquel que de algún modo encierra en sí como verdad cualquiera que enuncia un saber". LACAN, El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis, Op. cit., p. 66.

[9] "Debajo del otro (significante del saber en el discurso del amo) está el sitio donde se produce la pérdida, la pérdida de goce de la que extraemos el plus de goce". LACAN, El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis, Op. cit., p. 98.

[10] "A partir de cierto día el plus de goce se cuenta, se contabiliza, se totaliza. Aquí empieza lo que se llama la acumulación de capital". LACAN, El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis, Op. cit., p. 191.

[11] EVANS, D. Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano. Buenos Aires : Paidós, p. 141 (las comillas y las cursivas son del autor).

[12] Ibid., p. 141 (las cursivas, las mayúsculas y las comillas son del autor).

[13] LACAN, El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis, Op. cit., p. 66.

[14] Cf. FREUD, S. Obras completas. v. XVIII. Buenos Aires : Amorrortu, 1979. p. 67.

[15] FREUD, S. Obras Completas. v. XXI. Buenos Aires : Amorrortu, 1979.